

Por lo menos, mientras llegaba el día del cataclismo final, se había realizado el ensueño secular del cesarismo bizantino. Los Emperadores tenían ya su religión nacional, religión mutilada y sumisa que nada tenía que rehusarles y que todo debía esperarlo de ellos. La Esposa inmaculada de Cristo, que conocía sus derechos y los defendía contra ellos hasta bajo la cuchilla de los verdugos, había sido reemplazada por una sirvienta que les permitía prodigarle sus impuras caricias y que les educaba esclavos; su Iglesia decapitada, trozo informe de un cuerpo lleno de vida en otro tiempo, no contenía ya nada de lo que anteriormente constituía la gloria y la fuerza de la sociedad cristiana; su acción civilizadora había cesado desde el día en que empezó su servidumbre. Lejos de vivificar al mundo, se sentía invadida gradualmente por el frío de la muerte; a la vez que el sentimiento de su libertad perdió aquel entusiasmo y aquella sed de proselitismo que nacían de su confianza en su misión divina; vió agotarse en ella las fuentes fecundas del sacrificio y de la caridad; no produjo ya ni mártires, ni confesores, ni doctores, ni misioneros.

Muy al contrario, quedó impotente contra la invasión de las supersticiones, que acabaron por introducirse casi legalmente en el culto, bajo los auspicios de los soberanos y con el favor de la multitud. En vez de dominar al mundo para civilizarlo, se dejaba dominar por él; cada vez que las circunstancias la solicitaban para alguna iniciativa generosa, se limitaba a mirar al trono y, sin alegría ni honor, ejecutaba servilmente las órdenes que recibía de más arriba. La reina de las almas estaba rebajada al nivel de una institución pública; su sacerdocio se convirtió en un cuerpo de funcionarios, sus sacerdotes se hicieron *popes*, y sus patriarcas vinieron a ser complacientes capellanes de corte que temblaban ante el poder del Emperador, jellos, tan altaneros frente al Soberano Pontífice! El pueblo despreciaba a este clero que no sabía respetarse a sí mismo, y, saltando por encima de la cabeza de los prelados, sus piadosos homenajes iban hacia la corona, única fuente de devoción pública.

Aquella Iglesia agonizante conservaba, sin embargo, apariencias de vida y de prosperidad. Al ver el esplendor inusitado y la majestad totalmente romana de la liturgia en los días solemnes, al considerar la ardiente pasión de la muchedumbre por el culto de la Virgen santísima, al contar los innumerables monasterios esparcidos por todas las partes del Imperio, un observador superficial hubiese podido creer en una rica y poderosa vitalidad religiosa. Mucho contribuiría a esta ilusión el lugar considerable que ocupaba

la religión en todos los actos de la vida pública; se la introducía en todas partes, con respeto tanto más afectado cuanto menos lo inspiraba ella. Jamás sociedad alguna ha abusado más de estas vanas ostentaciones de religiosidad en las que las inteligencias vulgares ven la esencia de la religión; todo el Imperio estaba barnizado de cristianismo, y la falsa piedad oficial exigía de los funcionarios gran lujo de devoción, aunque no fuera, a decir verdad, más que una devoción de tedéum, limitada exclusivamente a fórmulas y demostraciones y que terminaba al quitarse el traje de ceremonias. Se era piadoso por razón de Estado o por conveniencia social, como en tiempos de Augusto; pero ello no traía consecuencias, ya que la piedad bizantina se conciliaba perfectamente con la violación de todas las leyes de la moral cristiana.

El ejemplo procedía del Emperador: en su calidad de jefe de la religión nacional, cumplía concienzudamente en público vastos programas de ejercicios religiosos y asistía con pompa sin igual a todas las solemnidades litúrgicas; se hacía leer durante las comidas homilias extraídas de los Padres de la Iglesia; en los juegos del circo repartía bendiciones a los espectadores; los lunes de Cuaresma predicaba ante el Senado, los funcionarios y el pueblo, y terminaba su sermón bendiciendo tres veces al auditorio; el día de jueves santo lavaba los pies a doce pobres. Llevaba la humildad cristiana hasta en los pliegues de su manto bordado en oro; consistía en una bolsita llena de tierra, la *akakia*, que caía por encima de su brazo izquierdo, a fin —dice piadosamente el compilador que nos refiere esto¹— de recordarle que, por más que fuera Emperador, no dejaba de ser un mísero mortal, y que no debía encontrar motivo de vanagloria en su dignidad imperial. Cuando moría, se le tendía sobre el *lecho de dolor*, y un heraldo le invitaba con acentos solemnes a deponer la corona y a prepararse a comparecer ante el Emperador de Emperadores². He aquí ceremonias hermosísimas que serían sublimes si no fuesen una farsa. Mirada en su verdad, esta liturgia grandiosa tiene algo de desabrido y de nauseabundo que subleva el corazón, y tantos perfumes y flores no llegan a ahogar el olor de podredumbre que despide el cadáver de la Iglesia griega por debajo de sus oropeles.

¿Qué era, en efecto, esta sociedad llena de afeites y adornos sino la vieja sociedad pagana que trataba de ocultar su decrepitud bajo apariencias tomadas del cristianismo? Siempre obscena, sensual, ser-

¹ CODIN. CUROPOLAT., *De officiis*, c. 6.

² CONSTANTIN. PORPHIROG., *De caerimon. aul. byzant.*, I, 60.

vil y apasionada, y cada vez más impotente y decaída, no ofrecía ya a la mirada más que la caricatura de lo que había sido en otro tiempo; no tenía ya las vastas proporciones ni el desordenado vigor de otrora, pero había guardado todos sus vicios constitutivos y reaparecían en ella aún más repugnantes, porque añadía a ellos la fealdad de la vejez. Aquel Emperador que llevaba la *akakia* y que se hacía recordar después de muerto que era hombre, dejaba en vida que le adorasen y sirviesen como a un dios. Lejos de renunciar al ceremonial degradante inaugurado por Diocleciano, la etiqueta de la corte imperial había hecho desde Justiniano nuevos progresos en el camino del fetichismo; hasta entonces había bastado, cuando se entraba a presencia del Emperador, doblar la rodilla: en adelante era preciso prosternarse con la cara hasta el suelo y besarle los pies. Ni el propio Imperio pagano había asistido a escenas tan repugnantes como la representada por Basilio I cuando ordenó matar a un buen hombre que le había salvado la vida durante una cacería permitiéndose cortar el cinturón por el que un ciervo le había enganchado con los cuernos: ¡parece que ese día no llevaba la *akakia* ni se acordó de que era polvo!

Conviene añadir que el trono imperial guardó siempre las mismas pretensiones e inspiró siempre las mismas concupiscencias. Los ambiciosos continuaban arrancándose la púrpura con encarnizamiento ilimitado, y la estadística de las muertes imperiales es tan lúgubre como en la antigua Roma. De ciento nueve Emperadores, desde Arcadio hasta Mahomet II, hubo cuarenta y uno que perecieron asesinados o mutilados y veinticuatro que fueron depuestos. En numerosas ocasiones el trono fué ocupado por aventureros de la más baja estofa; subieron a él sucesivamente un carnicero (León I), un porquero (Justino I), un afilador (León III), un sirviente (Miguel II) y un calafate (Miguel V), sin hablar de otros individuos que antes de su reinado ejercían las profesiones más vergonzosas. La posesión del trono costaba los mismos crímenes que en otro tiempo, y el segar las cabezas más elevadas continuaba siendo condición esencial de la seguridad de los Emperadores. Como en Roma, era preciso corromper al ejército saciándole de oro y a la plebe hartándola de placeres, para conservar el favor de ambos y evitar el ser derribado por una revolución militar o por un motín callejero.

La plebe continuaba siendo aquella multitud ociosa y voluptuosa en la que constituía verdadero frenesí la fiebre de las diversiones. Desde que el cristianismo la había privado de los espectáculos sangrientos, se había arrojado con tanta más avidez sobre los que le

quedaban, y como si la decadencia de los pueblos tuviese profundidades insondables, había sobrepujado a la misma Roma antigua en el culto fanático por las carreras de caballos. El circo era el único foro de los bizantinos; allí pasaban toda su vida pública; allí eran arengados por los emperadores; allí recibían las noticias de los acontecimientos. Ejercitábase allí el ingenio en despertar, mediante los espectáculos más salaces, su curiosidad malsana; Procopio nos ha conservado el recuerdo de las extrañas representaciones que daba allí Teodora. Monstruos como Coprónimo entregaban allí a las carcajadas del populacho a los monjes ortodoxos atados por las manos con prostitutas, e hicieron degollar allí por las facciones a los prisioneros de guerra. Pero el atractivo habitual del hipódromo continuaban siéndolo las carreras. Estas frívolas diversiones eran asuntos de Estado. Para defender la causa de un cochero favorito se sacaba un valor y un vigor increíbles, se ponía el alma entera en estos graves debates y se sabía derramar la sangre por un caballo. Hubo tumultos en el circo que costaron la vida a millares de hombres y que comprometieron la existencia del propio trono. Las discusiones entre *azules* y *verdes*, nacidas en las cuadras, dividieron al Imperio, y según fuera uno *azul* o *verde*, así se deducían sus opiniones políticas o sus creencias religiosas.

Los soberanos aumentaron, como en tiempos de Calígula, la importancia de esta guerra de colores tomando ellos mismos parte en ella, aunque con la intención de hacerla inofensiva, regularizándola. Reconocieron oficialmente la existencia de las dos facciones y las trataron, en las ceremonias públicas, como cuerpos constituidos. Hay que ver con qué gravedad imperial registra Constantino Porfirogénito los hechos y proezas del *demo prasin* y del *demo veneto*: cuenta sus diversos funcionarios, enumera sus privilegios, señala la categoría asignada a cada uno en las solemnidades oficiales, sabe la hora y el lugar en que tendrán derecho a aclamar al Emperador, sabe hasta las palabras que proferirán y hasta el número de veces que harán resonar cada aclamación ¹.

El circo es una institución oficial: de ahí su ceremonial pueril y su religiosidad repugnante, que son como la salsa de su corrupción. En su frivolidad incurable el pueblo de Bizancio hace la mezcla más sacrílega de la teología y del deporte, de la devoción y de la voluptuosidad; en el circo todos están orando; se balbucean *oremus* hasta en las cuadras; los demarcas y otros dignatarios hacen grandes signos de la cruz sobre las bestias y sobre las gentes, y la mul-

¹ CONSTANTIN. PORPHIROG., *De caerim aul. byzant.*, I, 10, 55.

titud, en el momento de salir los carros, asedia con sus súplicas a Dios y a la Virgen santísima, para que los caballos de su partido obtengan el triunfo: Δυσωποῦμεν σε, Θεοτόκε, νίκας λάβη ὁ δῆμος οὗτος! ¹

Aquel pueblo que no sabía batirse más que en el circo y contra hermanos, no marchaba nunca contra el enemigo. Enteramente lo mismo que la plebe romana, la de Bizancio consideraba como uno de sus privilegios más envidiables el poder entregarse al placer mientras otros derramaban su sangre para su tranquilidad. El ejército continuaba siendo lo que desde siglos: un conjunto de individuos que hacían un oficio del servicio militar; se le reclutaba en las provincias montañosas y pobres de Armenia, Isauria y Tracia, entre las gentes menos civilizadas del Imperio, y a estas milicias groseras se añadían contingentes de bárbaros reclutados a precio de oro en todos los países del mundo. Tal era la escasez de hombres, que se iba a buscarlos hasta en los hielos de las regiones polares, de donde venían los fieros *varegas* escandinavos que guardaban la persona de los Emperadores de Bizancio, como los germanos en otro tiempo custodiaban la de los Emperadores de Roma. Este ejército de aventureros y mercenarios sin disciplina, sin entusiasmo, sin patriotismo, no evitaba al Imperio el pagar pesados y humillantes tributos a casi todos sus vecinos; pagaba para hacerse defender y para no ser atacado, y no hay exageración en decir que sostenía a expensas de su pueblo sus propios ejércitos y los de sus enemigos.

Se necesitaba mucho dinero para todos estos servicios, que costaban tanto más caros cuanto peor se hacían, y no podía obtenerse más que por los impuestos. Los sudores del trabajo fueron, como siempre, los que hubieron de alimentar tan estériles ociosidades, por lo que las provincias y el campo se vieron obligados a costear los despilfarros de las ciudades. El fisco continuó, pues, con sus depredaciones, haciendo afluir todos los recursos a las arcas públicas, de donde salían bajo la forma de voluptuosidades ruinosas para uso de la capital. Todo lo que en las instituciones locales no servía para facilitar el trabajo del fisco fué aniquilado o cayó en ruinas; la obra que el cesarismo de Roma no había tenido tiempo de acabar, fué coronada por el de Bizancio, y la confiscación del patrimonio de los municipios por orden de Justiniano fué su último acto. En adelante, la muerte política de las provincias era un hecho consumado; el empobrecimiento y la despoblación, contenidos a intervalos, se cebaban periódicamente como enfermedades endémi-

¹ CONSTANTIN. PORPHIROG., *De caerim. aul. byzant.*, I, 70.

cas cuyo remedio no se conocía. Bajo los reinados aparentemente más florecientes, estos dos terribles azotes se extendían con continuidad implacable, como protesta viva contra la mentida gloria y prosperidad de que se alardeaba en los actos oficiales.

Sería injusto tratar de echar sobre el islamismo la responsabilidad del estado de desolación en que languidecían ya las hermosas provincias del Asia Menor; es que el Imperio había comenzado su ruina. A cualquiera época de la historia que uno se vuelva, oirá siempre el mismo grito monótono y triste de angustia que resuena a través de aquellas regiones bendecidas por el cielo, en donde la naturaleza había hecho la vida tan dulce y en donde el cesarismo la había vuelto tan amarga.

Pero ¿qué importaban esas importunas quejas de los trabajadores? ¿Bizancio tenía pan y juegos; Bizancio bailaba y reía a orillas de sus mares, y el mundo podía consolarse de sus sufrimientos pensando que servían para el esplendor y la felicidad de la capital!

A la vez que el suelo y la sangre, se había agotado también el ingenio. La esterilidad de las inteligencias era horrorosa; no es que la sociedad griega haya carecido nunca de espíritus ingeniosos e inventivos; un bizantino inventó el "fuego griego", y a otro bizantino atribuyen muchos historiadores el honor de la invención de la pólvora ¹. También fué un bizantino quien, mil trescientos años antes que Fulton, descubrió la fuerza locomotriz del vapor ². Pero el mérito intelectual de un pueblo no se mide por los conocimientos de sus ingenieros, pues lo que constituye la civilización son las ideas y no las máquinas.

Ahora bien, durante los mil años que duró el Imperio de Oriente no apareció ni un pensador ni un escritor. La filosofía y la poesía, artes sublimes y desinteresadas, habían desertado hacía mucho tiempo de un ambiente en que la admiración se reservaba a los centones, a los versos retrógrados o a los poemas en forma de botella. No se podría citar un solo orador en todo este pueblo de abogados y de habladores que llena los peristilos de Constantinopla. La historia, caída de nuevo en la mera crónica, balbuceaba servilmente, en una lengua que había vuelto a la barbarie, narraciones casi siempre indignas de ella. Los eruditos más ilustres de Bizancio, los Tribonianos y los Focios, no son más que compiladores, y sus obras más alabadas no son otra cosa que resúmenes de sus lecturas. La ciencia bizantina se limitaba a repetir sin entenderlos y a copiar

¹ LEBEAU, *Histoire du Bas Empire*, t. XIII, pág. 102. ² AGATHIAS, V, 8.

literalmente los libros antiguos; para no citar más que un ejemplo, las *Geopónicas* de Constantino Porfirogénito presentan el mismo ideal agrícola que el de Varrón, sin exceptuar sus fórmulas mágicas y encantamientos, como los que se encuentran en la obra *De re rustica* de Catón el Antiguo.

Las veces que las esferas oficiales se aficionaron a las letras dieron más de nocivo que de útil, porque no se supieron crear sino oficinas de literatura que las trataron, en el siglo X, como en el VI había tratado Triboniano a los monumentos jurídicos. Las obras del genio antiguo fueron descuartizadas por nubes de empleados que arrojaron sus restos informes, bajo rúbricas arbitrarias, a colecciones inmensas destinadas a proporcionar a la sociedad bizantina una enciclopedia oficial del saber humano. La enciclopedia se hizo, pero los libros de donde se extractó desaparecieron, por considerárselos ya inútiles para un pueblo a cuyas necesidades espirituales proveían tan liberalmente sus soberanos, alimentándole con las migajas del gran festín de la Antigüedad. Así, los literatos se hicieron cada vez más raros; sujeta a administración la inteligencia, las cosas del espíritu no se cultivaban más que en virtud del encargo del Emperador, y la literatura era una profesión oficial, ejercida por mandarines que recibían del Estado su título, su traje y su sueldo. Cuesta trabajo mantenerse serio ante aquel príncipe de los retóricos (*ρητόρων πρῶτος*) y cónsul de los filósofos (*ἵπατος τῶν φιλοσόφων*).

Las artes plásticas conservaron durante mayor tiempo las huellas del genio romano y de la inspiración cristiana. La cúpula bizantina ocupa un lugar principal en la historia de la arquitectura, y la gravedad pensativa y melancólica de las Vírgenes bizantinas ha merecido la atención de los siglos; pero, detenidas muy temprano en su desarrollo normal por la extinción gradual del pensamiento religioso, las artes se atrofiaron y revistieron aquellas formas hieráticas cuya rigidez e inmovilidad son signos irrecusables de su muerte. Sin duda, los artistas bizantinos poseían, como los de la China actual, tradiciones de riqueza y elegancia que les aseguraban la superioridad sobre sus rivales bárbaros, y, largo tiempo después de agotada su inspiración, el Occidente aún iba a proveerse entre ellos y a copiar sus modelos; pero aquellos hábiles obreros carecían de originalidad y de imaginación, limitándose a reproducir eternamente tipos tradicionales que no sabían renovar. Las obras maestras de la Antigüedad, que poblaban la capital del Imperio, no pudieron despertar su fantasía entumecida: más que discípulos o émulos de ellas, eran sus guardianes.

En cuanto al arte cristiano, ¿necesitaremos decir cuánto tuvo que quejarse de Bizancio? Durante sus fiebres de herejía descargó el martillo sobre las producciones más nobles del genio nuevo, y sus iconoclastas causaron bajo este aspecto destrozos que sus artistas fueron incapaces de reparar. Por lo demás, en los últimos tiempos, los príncipes aficionados a edificar, como Isaac el Ángel y Juan Paleólogo, rivalizaban en vandalismo con los herejes, ya que despojaban y destruían los monumentos antiguos para edificar otros nuevos.

El cuadro es aún más desolador si de esta ojeada rápida sobre la vida intelectual del Imperio pasamos al examen de su vida moral; aquí la decadencia es manifiesta y, por así decir, palpable. Desde los días de Constantino la moralidad pública no había hecho más que descender, y de caída en caída había llegado al escalón ínfimo de su degradación; al período de la ferocidad había seguido el de la decrepitud senil. No hay que felicitarse considerando como progreso de la civilización la disminución de los dramas sangrientos del Alto Imperio; ahora se derrama menos sangre en los campos de batalla, porque se combate preferentemente en el terreno de la intriga, pero, por lo demás, la humanidad no ha ganado nada en ver reemplazados los siniestros pretorianos de la corte palatina por eunucos y por mujeres; hasta ha perdido aquella grandeza trágica anterior, que en vano se buscaría en los ayudas de cámara que hacen y deshacen a los Emperadores de Bizancio. Si este mundo degradado no pudo menos que suprimir, ante los reproches de la Iglesia, las sangrientas hecatombes humanas que se practicaban en el anfiteatro, le ha quedado la sed de sangre que toma desquites en mutilaciones atroces y en suplicios refinados copiados del Oriente. La crueldad bizantina, aunque afecte dominarse, es quizá más horrible, porque es más fría y más inmotivada. ¿Qué historia, por ejemplo, ofrece a la execración del género humano un crimen tan abominable como el de Basilio II, al hacer vaciar los ojos de una vez a quince mil prisioneros búlgaros? A la vista de esta cobarde y sacrílega mutilación de todo su pueblo, el desgraciado rey de Bulgaria, Samuel, cayó desvanecido de horror, y dos días después expiró, herido de muerte por el espectáculo de una ferocidad que todavía hoy confunde y pone espanto en el alma¹.

Tales episodios nos introducen en cierto modo en el corazón del mundo bizantino y nos muestran sus esencias; el secreto consiste en una degradación de caracteres espantosa y universal. Este mal, que

¹ CEDRENOS, pág. 707; GLYKAS, pág. 310; ZONARAS, *Annal.*, XVII, 9.

siempre fué en aumento, acabó por apoderarse de todos los elementos constitutivos de la sociedad y por descomponerla totalmente; no había una sola alma que estuviera intacta y que no llevara sobre sí la marca de una mancha vergonzosa e indeleble. Aquí y allá se encuentran, como fragmentos dispersos de alguna estatua bella, ciertas virtudes aisladas, y aun algunas de ellas, como el valor militar y la abnegación, son llevadas a veces a su grado heroico; pero lo que ya no se encuentra es la figura intacta y completa de la nobleza humana. Aun aquellos en quienes brillan todavía las últimas cualidades del genio bizantino, las manchan por su carencia absoluta de dignidad personal. Si el valor moral del cristianismo consiste sobre todo en que enseña al hombre a guardar dominio sobre sí mismo y a conquistar la libertad de su alma mediante la victoria sobre sus pasiones, puede decirse que, a partir del siglo ix, no hubo ya verdaderos cristianos en Bizancio.

En vano hubiera buscado allí Horacio un justo, o Diógenes un hombre, pues la noción ideal del hombre había desaparecido; lo que le falta al bizantino es ese algo sublime que es el patrimonio imprescriptible de las naciones occidentales: el honor. Para esta población movедiza y voluptuosa no hay ya responsabilidad: vive a merced de sus preocupaciones o de sus pasiones o de los caprichos del poder. La anulación del sentido moral se caracteriza en ella por la total ignorancia de lo que se debe a sí misma y a los otros y por una indiferencia absoluta en la elección de los medios de medrar, así como por un ridículo despliegue de entusiasmo y de esfuerzos en pro de los objetos menos dignos; en fin, y sobre todo, por un grado inaudito de abyección y de servilismo respecto al poder, ya sea éste el del Emperador, ya el de los prejuicios.

Todo aquel mundo era venal, intrigante, adulator, hipócrita, licencioso y lleno de egoísmo áspero y cruel. Diríase que en aquella sociedad saturada de voluptuosidad desde hacía mil años, el temperamento de la cortesana había llegado a ser el temperamento general; los ardores sensuales de la carne se unen allí con la exaltación mística, la gazmoñería da la mano a la obscenidad, la ferocidad es sentimental, y los violadores más desvergonzados de todas las leyes divinas y humanas se distinguen por su santurronería repugnante. En ninguna parte se siente uno tentado con tanta frecuencia de avergonzarse del título de hombre, viéndolo llevado por gentes que tan a menudo están por debajo de la humanidad.

Los que marchan a la cabeza de la sociedad, lejos de acordarse que se los mira más, parece, por el contrario, que rivalizan en tor-

pezas e ignominias. Aquí es indispensable citar nombres y hechos para convencer al lector, que rehusaría creer esta decadencia inaudita; en el siglo más ilustre de Bizancio, Justiniano abroga, para poder casarse con una cortesana, la ley que prohíbe el matrimonio con tal clase de mujeres, alegando que es necesario dejarles la posibilidad de un arrepentimiento glorioso. De los dos hombres que más han honrado su reinado, el uno, Belisario, se humilla ante su esposa, a la que ha sorprendido en flagrante delito de adulterio, porque es amiga de la Emperatriz y puede hacerle caer en desgracia; el otro, Triboniano, autor principal del *Cuerpo de derecho civil* y lumbrera de los jurisconsultos de su tiempo, es responsable de la muerte de muchos millares de soldados, víctimas de ganancias ilícitas que ha realizado en el aprovisionamiento del ejército de África.

Si dejamos el siglo de Justiniano para llegar a épocas más cercanas a nosotros, encontraremos los mismos caracteres. Un patriarca, Focio, no reparará en falsificar documentos pontificios y en fabricar piezas apócrifas para arrastrar al pueblo griego hacia el cisma; otro, Teofilacto, que alimenta sus mil caballos con frutos dulces y vinos perfumados, interrumpirá su oficio solemne para ir corriendo al parto de su yegua favorita. Veremos a la Emperatriz Irene hacer azotar en público a su hijo Constantino, que lleva ya el cetro imperial, y a viejas coquetas, como Zoe, llegadas a ser herederas únicas de la corona, ponerla sobre la frente de sus sucesivos amantes. En fin, en el último siglo del Imperio, como si no hubiese de perdonarse humillación alguna a Bizancio en la persona de sus Emperadores, Juan Paleólogo, obedeciendo órdenes del sultán Bayaceto, hará cegar a su hijo Manuel, culpable de haber conspirado contra aquel déspota, enemigo de su patria. Otros mil atentados del mismo género se perpetran todos los días, en todos los grados de la escala social, ante la mirada de un pueblo que, lejos de protestar, ni se preocupa de ellos. Gozar y medrar: he aquí el único fin de la vida humana para grandes y pequeños, y la actividad de la existencia de unos y otros se agota en la persecución de los placeres y en la adquisición continua de cargos. Tal fué la abyección del Bajo Imperio, que la posteridad ha querido leerla hasta en su nombre, y, por un *quid pro quo* único en la historia, se sigue viendo en él una mancha, aunque en su origen no fuera más que mera designación cronológica.

Quedaba, sin embargo, algo de romano a la sociedad bizantina: la inmensa ambición del pueblo imperial y su constante pretensión